

Dramas

Callejeros



Más bonita, más fresca y sabrosa...

iMalaiga

"El Mañana!"

Más bonita, más fresca y sabrosa
y más campechana
que Rosario, la ñeta de Lola,
naiden se la jalla
en doce o más leguas di aquí a la redonda.
¿Quién como ella lució unas franelas
más lantejueliadas?
¿Y aquel par de trenzas?

¿Y el joyo en la barba?
 ¡Malaigan los hombres que dejan sus cosas
 pal día de mañana!
 Iba en firme a pedírsela ora,
 y a la mera... no sé que me daba.
 Con razón me dicían al paso
 y en mi mesma cara:

—Oye Juan, que te vas ya quedando,

¿pos cuándo te casas?

—Pos no lo he pensado.

¡Ay, malaiga quen todo lo aplaza
 siempre pa mañana!

¡Que ni el día que oyí rete claro
 a ña Lola dicirme en mis barbas—

“¡Basta de noviazgo!”—,

no mi apresurara!

“Quero ser bisagüela en esti año,

Pos ¿cuándo te casas?”

—Veremos... pos pienso... pos no lo he pensado.

¡Ay, malajo quen todo lo aplaza
 pal día de mañana!

Fue preciso mirar enfermiza
 a ña Lola, pa ser un hombrazo:
 sí señor, yo le dije esa misma
 mañana, sin miedo, con todo mi garbo:
 ¡muérase tranquila;
 me caso ora mesmo, lo tengo pensado!

.....

Y ña Lola alivió con fatigas;
 yo nel ínter merqué lo preciso:
 sillas de cojines;
 ropas de estopilla;
 corales, tres cunas y un Crucifijo...
 ¡pa qué mercaríanos el Crucifijo!
 ¡pa mí que la muerte llevó a mi casita!

Morían en México las pilas de gentes,
 unas por el tifo y otras por la guerra;
 “Ya cayó Julano...” “Sultano se muere...”

¡Qué peste más negra!

¿Iba acaso a fijarme en aquellas
 noticias tan tristes cuando la trigueña

que lucía rebozos de bola
era mía? Naiden, naiden se jallaba
otra más alegre ni más salerosa,
ni más campechana,
que aquella morena, cachito de mi alma,
en doce o más leguas di aquí a la redonda.
¡Ay, malajo quen todo lo aplaza
pal día de mañana!

—Chacha, estás con sueño?
—“Yo creo ques jaqueca;
y atiéntame, tiente...”
¡Jesús! ¡lo mesmito qui una brasa ardiendo!
y allí jué el peliarnos.—Y ella: “No me acepta
a esta hora el tapeixtle: no es nada, es chiqueo...”
¡No es nada, y maldito
si al día siguiente
ni a mí ni a ña Lola nos habló en sentido;
¡Y qué disvaríos!
Y hablar de la boda, viajes, desatinos...
Y en el vecindario: “Den parte, conviene

dar parte.” ¡No aviso! Pa que se nos pegue
a mí y a la vieja... ¡canalla del tifo!
¡Maldito! ¡maldito!
la hubiera pedido
una de las veces en que lo pensaba!
¡La muerte se aleja de nonde hay cariño!
¡Ay, malaiga quen todo lo aplaza
pal día de mañana!

Al pardiarse la tarde,
dende el Camposanto,
cogida a mi brazo
y trota que trota, veníanos tales
que si juéranos unos cadáveres
yo y la viejecita, al tranco que tranco.
Ni yo juí a mi casa, ni ella dijo: “Vete”,
y aquí vivo, porque... porque así conviene.
Por eso de nada
qui aquello mi acuerde
platicamos en las nochis, tristes, largas,
largas de noviembre,
pasadas en claro sin quen l’ojo pegue,

oyendo al sereno pitar o que cantan
los gallos; de nada
platicamos qui acuerde a la chacha:
cunas, Crucifijo, no corales... nada.

Yo no dejo a la vieja rodando
como perra perdida, al acaso;
¡cuánto se parecen en lo rete amargas
nuestras dos tristezas! Me quedo a su lado
y... ¡malaiga quen todo lo aplaza
pal día de mañana!

El "Medio-
ferrocarrilero"

Dijo el guardavía:
—¡Cuando urgen tres brazos y tener tres piernas
hallarse así el “Medio-ferrocarrilero!”
Y le dicen
“Medio-ferrocarrilero,”
por el defeuto del brazo
y la pierna que no tiene.
En uno de esos percances

tan comunes
de su oficio,
quedó entre truques y ruedas,
que si alivias,
que si sanas;
y cuando el Dotor dió la orden
de firmarle su *chec tain*,
jue a ver a la Compañía
que, como es de puros yankis,
le dijieron que ya muncho
habían en su servicio
malgastao, y... harto ayuda
quen no estorba.
¡Cuando urgen tres brazos y tener tres piernas
hallarse así el "Medio-ferrocarrilero!"

Pero con tres hermanitas
y la agüela tan anciana,
¿qué iba a hacer? ¿por esas calles
pedir caridá, aventando
la vergüenza y el decoro

pa la porra?
Por eso *al tronar el cuete*,
vino a ponerse a las órdenes
del Comandante Garrido:
pa llevar tortilla y unos
relingos a las criaturas...
¡Cuando urgen tres brazos y tener tres piernas
hallarse así el "Medio-ferrocarrilero!"

Dijo Garrido: "Me cuadra
tu desfachatez: no tienes
el brazo izquierdo y a poco
te tronchaban desde la ingle
la pata derecha: entonces
¿en qué demonios ti ocupo?"
Al oirlo ¡qué lagrimones
le escurrían de los párpados!...
¡no tenía ni el derecho
dir para que lo mataran!
¡Cuando urgen tres brazos y tener tres piernas
hallarse así el "Medio-ferrocarrilero!"

Seca su llanto y responde:
—Comandante:
está el honor de la Patria
en peligro;
en onde está la bandera
ningún valiente se rinde:
¡pos nómbreme embanderado;
sabré morir en mi puesto,
que yo, aun queriendo, no corro!...
¡no se corre en una pata!

Yo le aplaudo
y almiro;
y al pensar que los yankis
amenazan, me consuela
la certeza inquebrantable
de que si llega ese día
triste pa la Patria, entonces...
en dos o una pierna; con los dos o un brazo
¡toos seremos "Medio-ferrocarrileros"!

Desde tiempo inmemorial
—afirma vieja leyenda—,
hay una piedra en la senda
que conduce al hospital.
Del caserío lejano
surcando el campo esmeralda,
un mocetón, que a la espalda
llevaba un mísero anciano,

llegó, bañado en sudor,
al lugar de mi leyenda,
al que señala la senda
de la ciudad del dolor.

—Ya más no puedo—se dijo,
y sobre la piedra puso
al enfermo, que repuso
dulcemente: “Hay razón, hijo.”

Y el mozo inquirió resuelto:

—¿Está lejos todavía?

—Como tu alma de la mía
cuando a la choza hayas vuelto.

Y un suspiro se escapó
al evocar sus lejanos
días y con ambas manos
las lágrimas restañó.

—No llores, por Dios, no agraves
tu enfermedad; no, no quiero;
si no tenemos dinero
ni qué empeñar, tú lo sabes.

De tenerlo, ni tu mal
quizá y sin quizá existiera,
ni ahora contigo me viera
camino del hospital.

—Hijo, lloro, porque el cielo
con un recuerdo me abisma:
es que en esta piedra misma
mi padre puso a mi abuelo.

De aquél lo supe; que igual
que tú, yo le conducía
a cuestras y en agonía
para el vecino hospital.

Mi padre dijo: “Es razón
que el Testamento nos da:

*Mi castigo alcanzará
su quinta generación.”*

—¡No! Yo no acepto el castigo—
gritó el mancebo leal—.

No, no vas al hospital:
vuelves a casa conmigo,
pues el castigo de Dios